

La mejor defensa de la Europa Occidental

Por el Capitán NORMAN MACMILLAN

(Publicado en *Aeronautics*.)

Se hace en este artículo un interesante y detallado análisis de la situación estratégica existente entre las potencias de la Unión Occidental y la U. R. S. S., y se plantea un esquema de la organización que sería necesaria para que la alianza defensiva de la Unión Occidental resultase realmente eficaz.

El problema de la defensa aérea de la Europa Occidental se caracteriza por una peculiar dificultad, a causa de la proximidad de las bases de abastecimiento occidentales (o retaguardia) respecto a las probables zonas de vanguardia, en contraste con las circunstancias que se dan en Rusia y en la Europa Oriental (1).

Unos cuantos hechos aclararán suficientemente lo anterior.

Prescindiendo de las irregularidades y accidentes que se presentan a lo largo de la actual frontera artificial que separa a la Europa de Occidente de la Oriental, podemos fijar la línea de demarcación entre una y otra, iniciándola en Lubeck y siguiéndola hasta Erfurt, con una longitud de 322 kilómetros; desde Erfurt hasta la conjunción de las fronteras de Austria, Yugoslavia y Hungría (605 km.), y desde este punto hasta la frontera noreste de Italia, en su unión con Austria y Yugoslavia, de 201 kilómetros de longitud. El total de esta línea nos da una longitud de 1.125 kilómetros, a los que

habría que añadir el sector italiano desde la frontera hasta Trieste, con otros 95 kilómetros más.

Comparemos ahora esta línea de frente con los 3.218 kilómetros que alcanzó la línea del frente oriental durante la guerra ruso-alemana de 1941-45. Comparémoslo también con los 531 kilómetros de frente que hubieron de romper los aliados occidentales entre Calais y Basilea. El frente que hoy habrían de defender los aliados de Occidente sería unas dos veces o dos y media mayor, mientras que el que tendrían que defender los rusos apenas llegaría a un tercio de la longitud de su frente en la última guerra.

Por consiguiente, en lo relativo a sus respectivos frentes, la situación de Rusia y sus Estados satélites, y la de las potencias occidentales de Europa, ha mejorado militarmente para los primeros, mientras se ha empeorado para los últimos.

La situación comparada de unos y otros, si consideramos sus zonas respectivas en el sentido de la profundidad, no es tampoco mejor hoy para los occidentales, sino posiblemente peor.

Desde los puntos más cercanos de la Alemania ocupada por la U. R. S. S., las distancias

(1) Esto realza la supervivencia del *factor geográfico* (extensión), que resultó desvalorizado por la Aviación, y que reaparece o subsiste cuando la extensión es realmente grande.

son las siguientes: a Dover, 610 kilómetros; a Great Yarmouth, 645; a Londres, 725. En cambio, desde los puntos más avanzados del territorio ocupado por los aliados occidentales tenemos: a Leningrado, 1.370 kilómetros; a la región industrial del Dnieper, 1.450; a Moscú, 1.730. Y éstas son las zonas industriales de Rusia más al alcance de los aliados, ya que los importantísimos núcleos industriales de Rostov, Stalingrado, Saratov, Gorki, Sverdlovsk, están aún más distantes.

Tenemos, pues, todas las razones para suponer que la respectiva estrategia aérea que emplearía cada una de las partes para alcanzar un éxito militar, se tendría que diferenciar notablemente, por la distinta naturaleza de los territorios situados al Este y al Oeste del frente y por las diferentes doctrinas tácticas de los ejércitos de superficie.

Durante la guerra contra Alemania, desde 1941 hasta 1945, el Ejército aéreo rojo no consiguió jamás lanzar un gran bombardeo aéreo, de carácter estratégico, contra Alemania, como hicieron repetidamente las Fuerzas Aéreas británicas y norteamericanas. La Fuerza Aérea soviética no poseía entonces todavía un verdadero bombardero pesado con el que poder realizar misiones de gran autonomía. Los escasos tipos de bombardero pesado que Rusia tenía eran unos cuantos ejemplares, relativamente modestos, de la Aviación de la época. Hasta que el Mariscal del Aire Sir Arthur Tedder visitó la U. R. S. S. en febrero de 1945, al objeto de lograr una estrategia y una táctica coordinada en la cobertura aérea, tomando como base el territorio, siempre decreciente, que aún conservaban los alemanes, no empezaron los rusos a comprender realmente cuál era el punto de vista de sus aliados occidentales sobre la estrategia aérea y la forma en que éstos la aprovechaban. Hasta entonces el papel de la Fuerza Aérea roja se había limitado a ayudar a los ejércitos, tácticamente, en el campo de batalla, incluso de una manera más absoluta aun que en el caso de la Luftwaffe; y hay que hacer constar que en este empleo táctico de las Fuerzas Aéreas la Aviación roja obtuvo ciertos éxitos, gracias a que supo equiparse adecuadamente para ello.

Existen abundantes pruebas de que los rusos aprendieron mucho a partir del momento en que Tedder les dió a conocer una función nueva de las Fuerzas Aéreas, que hasta entonces habían ignorado. Desde aquella fecha domina-

ron una amplia zona de Alemania, en la que pudieron estudiar directamente los efectos de las Fuerzas de bombarderos pesados de Inglaterra y de los Estados Unidos; y contando con las cifras de tonelaje lanzado y de bajas ocasionadas que han sido divulgadas al acabar la guerra, habrán podido darse una idea bastante exacta del punto de vista económico que para la industria propia y para la enemiga significa el bombardeo estratégico, así como del valor militar que para cualquier nación en guerra significa la Aviación estratégica.

Del mismo modo que los alemanes aplicaron a la práctica en 1939-42 las lecciones que les enseñaron los aliados en la guerra de tanques durante 1916-18, es de esperar que los rusos, en fecha futura, apliquen también la lección objetiva que les enseñaron los aliados en 1942-45 respecto a las aplicaciones prácticas de la Fuerza Aérea (aparte de su utilización táctica en apoyo del Ejército de Tierra).

Los americanos, por desgracia, han tenido que efectuar algunos aterrizajes forzosos en territorio ruso (Lejano Oriente) con bombarderos tipo "Superfortaleza". Es evidente que los rusos estudiaron detenidamente estos tipos, con la celosa capacidad e interés de la típica codicia asiática, y que, partiendo de estos modelos a tamaño natural, han reconstruido las características e iniciado la producción de una versión rusa de nuestro B-29. Este bombardero pesado de la U. R. S. S. ha hecho ya su aparición en las Fuerzas Aéreas rojas.

Si bien es cierto que en épocas pasadas Rusia no ha dado muestras de una capacidad técnica similar a la de Inglaterra o a la de los Estados Unidos en cuanto al proyecto y construcción de aviones militares, seríamos sumamente insensatos si incurriéramos en el mismo error en que incurrió Alemania, subestimando la actual capacidad de los rusos (ayudados, como sabemos, por técnicos alemanes) y suponiendo, con un exceso de optimismo, que no están al día en la creación de aviones modernos, incluyendo tipos de reacción.

Por consiguiente, hemos de suponer que la principal diferencia en el potencial bélico entre los rusos y aliados accidentales—incluyendo los Estados Unidos—sigue siendo aún la posibilidad de emplear hoy día la bomba atómica, como cosa lograda prácticamente y no con un sentido experimental. Como factor contrario, podemos dar por descontado que en lo referente a cantidad de divisiones militares y en cuan-

to a potencia numérica en la Aviación, Rusia es el bloque mayor del mundo, considerado como una sola unidad. Su posible debilidad actual reside sustancialmente en el terreno de la aplicación práctica de la investigación nuclear y en su poder marítimo. Estos dos factores constituyen dos graves desventajas, que no se ocultarán a cualquiera que en Rusia piense que la guerra con la Europa Occidental significará la guerra también con los Estados Unidos de América.

La U. R. S. S. posee una gran flota de submarinos, pero no cuenta actualmente con los puertos o bases navales necesarias para utilizarlos con éxito en las grandes rutas oceánicas, por lo que para ella tienen menos valor, como arma militar, en su territorio, que el que tuvo el arma submarina del Tercer Reich. Para alcanzar una dominación militar estable en la Europa Occidental, Rusia tendría que ir aún más lejos que Hitler y conquistar previamente todo el Continente europeo, incluyendo Finlandia y toda Escandinavia, los Países Bajos, Francia, España, Portugal, las zonas de ocupación aliada de Austria y de Alemania, e Italia; necesitaría, además, conquistar Grecia, Turquía, Siria, Irak y el Irán; y aun así no sería bastante, pues se vería obligada a ocupar las Islas Británicas (incluido el Eire) y todas las islas del Mediterráneo. A no ser que consiguiera todo lo expuesto, sería inevitable y fatal para ella el perder la guerra en la Europa Occidental en un ciclo semejante al que sufrieron los alemanes, en una larga guerra de desgaste.

La defensa aérea de la Europa Occidental, por consiguiente, está sustancialmente relacionada con la creación de los medios necesarios para hacer imposible la absorción por Rusia de los territorios mencionados. Si Rusia, abiertamente, iniciara la guerra contra alguno de ellos, los aliados occidentales se verían obligados, en su propia y legítima defensa, a declarar la guerra a Rusia. Si Rusia, por el contrario, no hiciera abiertamente la guerra, pero en su lugar empleara subterfugios para alcanzar unos fines similares y equivalentes, estimulando, ayudando o instigando el desencadenamiento de "golpes de Estado" comunistas, como en Checoslovaquia y Polonia, o guerras civiles, como en Grecia y China, los aliados occidentales, en su propia defensa, deberán situarse abiertamente al lado del bando contrario, y hacer cuanto sea posible, a través de él, para impedir la victoria que Rusia conseguiría poco a poco con el em-

pleo de fuerzas no rusas, pero inspiradas y formadas en las doctrinas soviéticas.

Las Fuerzas Aéreas de los aliados no pueden ser utilizadas en estas guerras extraoficiales, a pesar de que sean verdaderas guerras de hecho. Los aliados occidentales no pueden intervenir de un modo oficial, y, por consiguiente, sus Fuerzas Aéreas han de permanecer inactivas. Los efectivos de las Fuerzas Aéreas actuantes dependerán, por tanto, de la cantidad de aviones que los aliados puedan suministrar a la parte no comunista de cada Estado en su ayuda, con los elementos, repuestos y armamento necesarios para su utilización. No cabe la menor duda que estas entregas de armas y medios de combate son, en realidad, regalos y no ventas a los Estados para que puedan combatir, como si esta clase de guerras fuesen realmente civiles, y no como son, en realidad, internacionales.

Si llega la guerra con Rusia, la contienda tendrá el mismo objetivo final que tienen y han tenido siempre las guerras: la destrucción de la capacidad del enemigo para hacer la guerra, seguida por la imposición de unas condiciones de paz que los vencedores consideren políticas y convenientes. No existe la menor duda sobre cuáles serían esas condiciones de paz en el caso de que Rusia llegara a derrotar a los aliados occidentales: la simple sumisión a los principios comunistas (si la palabra "principios" puede aplicarse en este caso). Pero en cambio no se ha concretado, de manera terminante, cuál sería la política de los aliados occidentales en el caso de una victoria sobre Rusia. ¿Qué harían con el gigante asiático? ¿Cómo podrían someter a este coloso?

Precisamente esta falta de penetración respecto a alguna finalidad o plan positivo es una de las causas determinantes de la general apatía de la mayor parte de los ciudadanos de Europa Occidental, respecto a la amenaza de una guerra con Rusia. Están éstos mucho más próximos a la posibilidad de ser víctimas de la guerra que lo están los ciudadanos de los Estados Unidos de América, a pesar de lo cual estos últimos parecen estar mucho más preocupados con la posibilidad de una guerra que los europeos de Occidente. ¿A qué se debe esto? ¿Son más viriles en la actualidad los americanos? ¿Es que están cansados los europeos de Occidente, después de sus dos grandes guerras en un pasado reciente, y ninguna de las cuales les ha traído la paz ni la prosperidad, sino, por el contrario, una vida más austera y difícil, mayo-

res impuestos, menos comodidades y más trabajos (excepto, quizá, en determinados miembros de la comunidad—generalmente los menos logrados mentalmente—que en algunos países han resultado beneficiados con la última guerra, a costa de sus hermanos)? ¿O es que los europeos de Occidente ven tan solo los restos de su Europa, derrumbándose en completa decadencia, para desaparecer en las cenizas de otra guerra, incendiados en la conflagración? La Europa Occidental no ha ganado nada con la guerra. Rusia sí, y los Estados Unidos, también. La Europa Occidental, en cambio, sólo ha aprendido a dar. Ha perdido la capacidad de construir imperios. Hoy día los creadores de imperios son los americanos en las finanzas, los rusos en el dominio de territorios y los suramericanos, en menor escala, también en el dominio territorial.

Pero si bien es verdad que Europa no tiene nada que esperar de una nueva guerra, es bastante poco lo que puede esperar de la prolongación de la paz actual. Privada de la mayor parte de su poderío en ultramar, su propio continente se halla partido en dos, y, por consiguiente, su economía se ve gravemente comprometida. Su población es numéricamente mayor que nunca; pero sus graneros nunca estuvieron tan vacíos. Su infortunado pueblo se ha convertido en esclavo de la máquina industrial, sólo para poder alimentarse y para poder alimentar a los ejércitos de funcionarios, civiles y militares, que han sido creados para regir los asuntos de las comunidades socializadas. En los Estados Unidos toda la Europa Occidental merece la misma consideración que Grecia, por ejemplo, a la Gran Bretaña. Para la opinión americana—reflejada en los diarios más populares de Norteamérica, leídos por millones de americanos—las Islas Británicas no son más que una base aérea estratégica, con la que se cuenta del mismo modo

que contábamos nosotros con la isla de Malta en la última guerra.

Podríamos también considerar el hecho de que ahora, como más adelante, América considera a Rusia como su propio y especial enemigo en potencia, del mismo modo que Inglaterra consideró, en una época, a España, más tarde a Francia y luego a Alemania. En esta cuestión de los Estados gigantes, una Potencia empequeñecida, como el Reino Unido, privado de su antiguo poderío mundial de nación regidora de un vasto Imperio, no es más que un simple peón, o mejor aún—siguiendo con la comparación del ajedrez—, como una torre.

¿A qué se ha debido este profundo cambio de perspectiva por parte del pueblo americano? Se trata de un pueblo que, ante las dos últimas grandes guerras, permaneció inicialmente indiferente y no participó en el conflicto hasta que fué atacado en su propia casa de forma que le impedía continuar al margen. Cinco grandes factores han ocasionado este cambio radical de manera de pensar y de sentir de los americanos. Estos factores son: 1. La responsabilidad americana respecto a las Fuerzas de ocupación en el sur-

oeste de Alemania. 2. La responsabilidad de la presencia americana en el Japón y Corea del sur. 3. El peligro de que Rusia capturase los territorios petrolíferos del Oriente Medio (muy distantes de Alemania). 4. El peligro del comunismo en China, y 5. El hecho que, al estar Alaska y Rusia separadas por tan solo una distancia de 55 kilómetros, sitúa al enemigo potencial de hoy a las puertas mismas del Continente americano.

Una nueva guerra mundial afectaría a los americanos desde el momento mismo en que estallase. Indudablemente, su latente peligro ya les ha afectado, obligándoles a rearmarse a un gran



A la Fuerza Aérea Táctica de la Unión Occidental correspondería la tarea de dislocar el sistema ferroviario situado al este de la actual frontera.

costo financiero, y a prestar sumas considerables para ayudar a los pocos Estados que quedan sobre los que podrían contar como aliados de guerra en cuanto estallara el gran choque. Todo esto significa, naturalmente, unos impuestos más crecidos sobre el contribuyente americano, así como una disminución en los artículos de consumo del ciudadano medio. En realidad, y por primera vez en su historia internacional, los Estados Unidos se encuentran hoy en la misma situación en que ha estado muchas veces la Gran Bretaña. Ha de pagar por anticipado por el riesgo de la guerra, y cuando la guerra llegue no podrá realizar beneficios previos antes de mezclarse en el conflicto, ya que se verá metida de lleno en él desde su comienzo. Los Estados Unidos han ganado cuantas ganancias pueden obtenerse en la guerra. Los pueblos de la Europa Occidental ya no tienen nada que dar, lo han dado todo. Ahora le corresponde el turno de dar a Norteamérica, la que no podrá esperar una guerra tan beneficiosa como hasta aquí, ya que, igual que los ingleses, será más pobres después de haber alcanzado la victoria.

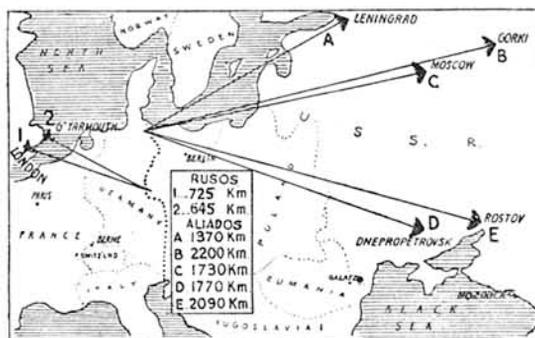
Es evidente que la ocupación del suroeste de Alemania por el Ejército americano precipitaría la guerra entre los Estados Unidos y Rusia en cuanto esta última se atreviera a avanzar hacia el Oeste de su actual línea de demarcación. Un Pacto Atlántico, encaminado a consolidar una Unión Occidental Europea con fines defensivos es, por tanto, una anomalía en la actual posición de los Estados Unidos, pero no lo es en el caso del Canadá. El Pacto Atlántico puede ser una forma perfectamente útil de organización para garantizar la acción instantánea de América en su propia defensa, en el caso de que la guerra se desencadenara después de la retirada de las fuerzas de ocupación en Alemania. Tal como están las cosas, sin embargo, no parece muy probable tal retirada en un futuro previsible, por lo que el Pacto Atlántico, por consiguiente, es un simple propósito, carente en cierto modo de significación, a no

ser que sea un medio para atraer a su órbita a los Estados Escandinavos, que han permanecido hasta ahora al margen de la Unión Occidental Europea. Estos mismos Estados Escandinavos, que sólo obtendrían beneficios de su ingreso en la Unión Occidental Europea, cometen el mismo error, al no pertenecer a ella, que Bélgica y Holanda al negarse a alinear sus fuerzas con las de Inglaterra y Francia contra la Alemania hitleriana. Los Países Bajos aprendieron la dura lección y no repetirán su error. Hoy saben que en la guerra moderna no existe la neutralidad frente a un Estado agresor, a menos que esta neutralidad le beneficie.

La neutralidad de los Estados Escandinavos no representaría ventaja alguna para Rusia. Por el contrario, le serán, incluso, más necesarios en guerra que lo que fueron dos de ellos al Tercer Reich, puesto que su posición estratégica cubriría el flanco derecho ruso frente al Oeste. Su adhesión a la Unión Occidental Europea fortalecería probablemente su propia seguridad. Por otra parte, es fácil conocer la manera de pensar de los suecos, que han conseguido el éxito de permanecer apartados de las dos grandes guerras, y que hoy, sin duda, miran con preocupación hacia el Este

y hacia el Sur, a través del Báltico, hacia la extensión del territorio ruso y polaco, desde la Bahía de Lubeck hasta el Golfo de Finlandia. Es posible que los suecos estén convencidos de que podrían ser también neutrales en un nuevo conflicto. Personalmente, siento no estar de acuerdo con ellos.

Incluso en el caso de que los ingleses continuaran ocupando el noroeste de Alemania, y siguiera en su poder el Elba, el Canal de Kiel y Hamburgo, sería en extremo difícil llevar los necesarios refuerzos a través de la breve ruta a Malmoe ante la proximidad del Ejército y las Fuerzas Aéreas rojas. En el sur de Suecia los rusos podrían cortar fácilmente la línea férrea que va desde Malmoe hasta Hallsberg, mediante un ataque aéreo, y mantenerla interrumpida indefinidamente con los cazas-bombarderos que



Las distancias desde las bases avanzadas a los centros de producción son mayores para los países de la Unión Occidental que para Rusia.

actuaran desde bases aéreas situadas al otro lado del Báltico; la protección frente a tal ataque sería muy difícil.

Indudablemente, todos los ferrocarriles de Suecia son vulnerables. Pero gran parte de las líneas transversales, procedentes de Gottemburgo, Oslo, Trondheim y Narvik, hasta el Báltico, podrían resultar de gran utilidad para los aliados occidentales caso de utilizarse inmediatamente; esto exigiría, naturalmente, los necesarios acuerdos previos entre los Estados Mayores respectivos. Como vemos, al permanecer los Estados Escandinavos fuera de la Unión Europea Occidental impiden el que las grandes naciones del Occidente de Europa puedan ofrecerles alguna esperanza de intervención efectiva en su favor para salvarse en el último momento. Suecia sabría entonces—como lo supo dolorosamente Bélgica en 1940—que la improvisación, mientras el reloj está dando las doce, suele ser fatal, tanto para el auxiliado como para el auxiliador.

Hasta que llegue el momento (si llega) en que las naciones escandinavas modifiquen su criterio actual, hemos de descartarlas como parte integrante de la defensa aérea de la Europa Occidental, y suponer, para todos los efectos reales, que podrán ser ocupadas por Rusia y utilizadas como bases para las actividades de los submarinos rojos contra los aliados de Occidente. Las bases aéreas del norte de Escocia, de las Orcadas y de las Shetlands recuperarán en ese caso su primordial importancia, como trampolines, desde donde lanzar el ataque contra las bases aéreas y marítimas de las costas noruegas.

Si con arreglo a lo lógico, suponemos que cualquier ataque de Rusia en dirección Oeste ha de tener como finalidad la ocupación de la Europa Occidental por el Ejército rojo, será necesario suponer también que el Ejército rojo lanzará ese ataque con grandes medios bélicos. Los aliados occidentales no podrán situar en campaña un número igual de divisiones para contener el ataque terrestre, por el simple motivo de que la densidad de población de los Estados, acumulados, no le permitiría hacerlo. Si se pretende que no sean arrollados y destruidos a la orilla del mar (ya que sería imposible la evacuación del gigantesco número de hombres que participarían, incluso aunque abandonaran todas sus armas) es preciso tener a mano, inmediatamente, la ventaja inicial del Ejército rojo.

El único medio de compensar la desventaja de una fuerza más pequeña que la del enemigo es aumentar el potencial de fuego de esta fuerza menor, hasta el punto de superar en ello al enemigo. El barco, el cañón, la ametralladora, el tanque, el aeroplano y la bomba atómica son otros tantos ejemplos históricos de este progreso. Las naciones de la Europa Occidental han de mirar y tener presentes las dos armas mencionadas en último lugar, ya que en ellas pueden encontrar el medio de incrementar su potencial de fuego por encima del de los rusos. Y tenemos presente que el tiempo en que la bomba atómica permanezca exclusivamente en manos de las naciones occidentales no será indefinidamente, ni mucho tiempo.

Por otra parte, la bomba atómica, en su actual estado de evolución y perfeccionamiento, es un arma todavía imperfecta, excesivamente cara y eficaz únicamente contra un número muy limitado de objetivos especiales. Creo que el poder destructivo de la bomba atómica es un factor que disuade y obstaculiza la guerra, siempre y cuando esté en manos de una sola parte, y esta parte sea también opuesta a la guerra. Pero si la guerra se produce, a pesar de este adverso factor—bien por que la bomba atómica esté ya en poder de las dos partes, o bien por que la situación que prevalece hace nacer una presión que no puede resistir ningún factor disuasivo—, opino que la bomba atómica, utilizada contra la clase de objetivos existentes dentro de un límite razonable tras la frontera occidental de Rusia, no producirá nunca una rápida liquidación de la guerra. En primer lugar, al comenzar la guerra ya no surtirá el efecto psicológico instantáneo que produjo al ser utilizada contra el Japón. Tampoco producirá unos efectos materiales decisivos empleada contra una extensión tan inmensa como la del territorio ruso. El Ejército rojo podría alcanzar perfectamente la costa del Atlántico, a pesar de las bombas atómicas que cayeran en su "hinterland", mientras deportaría mano de obra esclavizada desde los territorios que conquistase, para reemplazar con ella las bajas que sufrieran por el bombardeo atómico en sus zonas industriales. ¿Qué se habría conseguido? ¿Arrojaríamos entonces más bombas atómicas sobre los desgraciados esclavos procedentes de la Europa Occidental?

Es evidente que si fuera posible lanzar bom-

bas atómicas en el plazo de unos días, sobre todos y cada uno de los centros de producción de armamento en gran escala de Rusia, de forma que el aprovisionamiento de armas se suspendiera en su origen por un período de duración indefinida, el efecto se dejaría sentir en el curso de la guerra antes de que pasaran muchas semanas. Pero si los rusos podían arrojar igualmente bombas atómicas sobre las instalaciones industriales aliadas, ¿qué se habría logrado en definitiva?

Es indudable que los rusos no atacarán hasta que estén plenamente seguros de haber tomado todas las medidas y las precauciones adecuadas, para que en ningún caso pueda suceder que la balanza de la guerra—en cualquier modalidad que adopte—vaya a inclinarse de un modo excesivamente desfavorable para ellos.

En lo referente a la Europa Occidental, es evidente que sus centros de producción de armamento son más vulnerables al ataque soviético (en lo que se refiere a la distancia del ataque) que los centros rusos frente al ataque de los aliados. Únicamente una calidad superior en la Aviación aliada podrá compensar esta desventaja. Los centros industriales de los Estados Unidos y del Canadá, naturalmente, son aparte. Pero, ¿habrán menospreciado los rusos este factor? ¿No estarían dispuestos a adelantar sus bases árticas sobre el hielo, desde donde podrían lanzar hacia el Sur sus ataques contra el Continente americano? Desde el Noreste siberiano podrían atacar, a través de Alaska, hasta el Oeste Medio. Y con la creación de submarinos "snorkel", equipados con catapultas, y llevando a bordo tipos de aviones especiales, podrían aproximarse a la costa norteamericana y desde allí llevar sus ataques al interior del Continente.

La primera fase probable en una guerra próxima no parece haya de ser el que los contendientes se lancen desde el primer momento a una guerra atómica, sino más bien que haya de concentrarse en la contención del avance del Ejército. El objeto que perseguirá el enemigo será ocupar territorios y expulsar a los aliados occidentales del Continente europeo, destruyendo sus Ejércitos. El primer objetivo de los aliados occidentales habrá de consistir en impedir que el enemigo consiga este propósito. Ni las bombas atómicas ni ninguna otra clase de bombas que se lancen estratégicamente contra la vasta extensión territorial de Rusia lograrán esta fi-

nalidad, a no ser con el transcurso del tiempo. Por consiguiente, nos parece inaconsejable cualquier clase de desviación de las actividades del Arma Aérea para fines que no sea el de conseguir este objetivo fundamental. Podrá emplearse en cualquier forma de guerra aérea; pero la más importante de todas, al principio de las hostilidades, será la que mejor pueda aplicarse a la contención del Ejército rojo.

Es muy posible que la razón por la que los rusos quieren hoy eliminar la presencia aliada en Berlín sea de orden político; pero también, y quizá más probablemente aún, se deba a motivos de orden militar. Berlín es uno de los mayores centros de comunicaciones de Europa. A él afluye el tráfico ferroviario procedente de Varsovia y Leningrado; de Moscú, de Rostow y Odesa, de Constanza y Bucarest, de Estambul y Atenas, de Budapest y Belgrado, desde el Báltico hasta Viena. Le atraviesan numerosos canales; está unido al mar a través de Sttetin. Si los aliados permanecen en Berlín pueden observar directamente cuanto ocurre, ya que se encuentran, al estar allí, en el mayor cruce de rutas modernas de toda Europa.

La detención por los rusos de los trenes aliados en dirección a Berlín puede haber tenido por finalidad hacer que los aliados abandonaran la capital alemana, pero también puede haberse encaminado a obtener la utilización del material rodante para fines de utilidad para la propia Rusia. Sin el absoluto control de Berlín los rusos no pueden alcanzar el completo control del sistema de comunicaciones del Este europeo, y sin estar en posesión plena de este control el Ejército rojo no puede emprender la preparación logística que exige la seguridad de poder lanzar, en su día, un ataque fulminante y decisivo, con una fuerza abrumadora. Los aliados han tenido muy poderosas razones para establecer el "puente aéreo" berlinés, que no ha sido tan solo un medio de alimentar a la mitad de la población del Gran Berlín. Tampoco ha sido un medio tan solo de mantener adicta a la democracia—en el sentido dado a la palabra por los aliados occidentales—a la población del Berlín occidental, por importante que esto pudiera ser para el futuro. Ha sido, ante todo, en realidad, un medio encaminado a hacer muy difícil para los rusos los posibles preparativos de movilización de sus Ejércitos a lo largo de la línea divisoria; y, al parecer, se ha conseguido este

objetivo. Esta pacífica eliminación de los ferrocarriles, mediante el empleo del transporte aéreo en la guerra política, ha sido el primer ejemplo de una aplicación de los principios de la guerra a un caso en el que la guerra no existe de hecho. A medida que se perfeccionaba y continuaba el funcionamiento del "puente aéreo", demostrando su capacidad para lograr el fin propuesto, demostró a los rusos también que la suspensión de los servicios ferroviarios y por vía acuática interior que ellos impusieron no consiguió su objeto de obligar a los aliados a abandonar el Gran Berlín. A medida que esto se fué haciendo más evidente se alejó también el peligro de guerra, puesto que los rusos no lograron, como esperaban, asegurarse un control completo sobre este centro vital de comunicaciones (1).

Si el principio anterior obtuvo un innegable éxito aplicado a la paz, es evidente que la aplicación de un principio similar alcanzará también el éxito en la guerra, siempre que se desarrolle de una manera eficaz, rápida y permanente. El satisfacer esta necesidad imperiosa, en tiempo de guerra, ha de ser una de las partes cardinales de la defensa aérea, por lo que las Fuerzas Aéreas estratégicas deberán estar dispuestas a un despliegue instantáneo, para entrar en servicio en el momento necesario, en cantidades suficientes de efectivos del tipo y clase adecuados. Estas Fuerzas Aéreas deberán ser debidamente protegidas con Aviación de caza de combate para que puedan llevar a cabo su trascendental misión. Desde luego, la modalidad de Fuerza Aérea táctica que se constituyó durante la guerra 1939-45, no sería ya adaptable, por sí misma, para esta finalidad.

La protección de los aeródromos avanzados exigirá una organización mucho más importante y amplia.

La protección de las zonas que sirvan como bases podrá quedar garantizada en el futuro por una fuerza organizada de modo semejante al Mando de Caza de la guerra última, puesto

que la protección de estas zonas vitales implicará en cualquier guerra futura una serie de contramedidas contra los proyectiles cohete —más perfectos cada día—, los proyectiles teledirigidos, el ataque aéreo mediante bombarderos a reacción, el peligro de la bomba atómica aerotransportada, con todas las posibilidades imaginables de la guerra química y la guerra bacteriológica.

Es evidente, por tanto, la necesidad de una general organización de las fuerzas aéreas ligeras y medias, al objeto de capacitarlas para enfrentarse con las circunstancias que surgirán en el caso de un conflicto armado entre el Este y el Oeste. La organización de la R. A. F. anterior a la guerra, existente en 1939, resultó (a excepción de las fuerzas diurnas del Mando de Caza) totalmente inadecuada para la clase de guerra que se desarrolló entre 1939 y 1945. La clase de organización que se fué creando y perfeccionando durante el desarrollo de la guerra última, tampoco resolvería los problemas de la guerra futura, ni reunirá los requisitos mínimos imprescindibles que habrá de tener la fuerza aérea que haya de hacer frente a las condiciones y factores que han surgido ya desde la terminación del último conflicto.

No intentaré un análisis detallado ni un estudio profundo sobre las fuerzas aéreas estratégicas. Estas fuerzas tendrán su misión específica que realizar, y para poder llevarla a cabo con éxito habrán de organizarse de manera totalmente independiente de las fuerzas aéreas medias y ligeras. Las fuerzas estratégicas pesadas habrán de ser internacionalizadas en el máximo grado posible, al objeto de que puedan siempre fusionarse, formando una sola fuerza combinada capaz de operar en profundidad sobre el bloque de territorios asiáticos partiendo de las bases que le rodean (o que en su día se creen rodeándole), por el Oeste, el Sur, el Este y el Norte). Su labor global habrá de estar perfectamente coordinada. Estos bombarderos de gran autonomía habrán de poseer una máxima movilidad, a fin de que la concentración de todo el peso de su ataque pueda cambiar de dirección contra cualquier zona o región que se elija con una mínima demora de tiempo. Su funcionamiento dependerá, sobre todo, de la eficacia de organización y el buen municionamiento de las bases aéreas fijas, cuyo per-

(1) Esto hace patente la importancia cada día mayor que alcanza la Logística en la guerra moderna de extensos teatros de operaciones y el aumento también creciente del ataque aéreo contra la Logística precisamente.

sonal de tierra será estático (1), y cuyas necesidades de aprovisionamiento de todo orden se efectuará mediante el transporte marítimo (salvo una pequeña proporción de primera urgencia, que, ocasionalmente, se haría por vía aérea), excepto en las bases árticas, donde será preciso utilizar el transporte aéreo exclusivamente. Dejaremos para un posterior artículo un estudio más completo sobre la organización de esta fuerza aérea estratégica pesada, al objeto de poder conceder ahora el espacio necesario al examen de las fuerzas aéreas medias y ligeras, ya que sobre estas fuerzas habrá de pesar la defensa aérea de la Europa Occidental, en forma de apoyo a tierra para una resistencia directa.

Estas fuerzas aéreas defensivas se reclutarían entre las Fuerzas Aéreas de la Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y, posiblemente, Italia. Tampoco es improbable que, en el caso de guerra, vinieran a reforzarlas las Fuerzas Aéreas de España y Portugal. Los Estados escandinavos movilizarían a sus Fuerzas Aéreas para su propia defensa territorial; pero—a no ser que su actitud política cambiara de antemano—será muy difícil prestarles una ayuda rápida y efectiva contra el ataque aéreo, si bien el empleo estratégico de las fuerzas aéreas de defensa de la Europa Occidental aliada les proporcionaría una ayuda directa contra el ataque de las fuerzas de tierra enemigas.

No nos proponemos analizar aquí los actuales nombramientos que han hecho las cinco potencias para la planificación de la defensa común, ni discutiremos la elección de su Cuartel general, cerca de París. Pero nos parece, sin embargo, muy relativa la certeza de que las potencias interesadas hayan llegado al fondo del asunto, pues, a nuestro parecer, se quedaron a mitad de camino. La clase de colaboración que se ha previsto se limita exclusivamente a lo militar. Se ha creado tan sólo el gabinete de planeamiento de un Estado Mayor conjunto o combinado. Pero sus conclusiones y recomendaciones habrán de ser consideradas por cada

Gobierno individualmente, por lo que sus demandas podrán o no ser atendidas, en todo o en parte, por cada uno de los Gobiernos, con arreglo a sus respectivos e independientes criterios.

Como se ve, esta forma de planear es muy semejante a la que existió durante la guerra 1939-45 hasta la fecha de la capitulación de Francia. Posiblemente sea algo más eficaz en la composición de sus elementos, y por primera vez en el presente siglo de la historia de Francia, su cabeza militar no está en manos francesas, sino británicas. Pero es muy significativo que dicha cabeza militar no se llame "Jefe Supremo", sino "Presidente". Este vocablo, de carácter estrictamente civil, es por sí mismo muy significativo, pues revela una innegable deferencia con el punto de vista francés, inclinado siempre a creer que Francia es la maestra de la estrategia militar, mientras que Inglaterra lo es de la estrategia naval. La nueva modalidad de planificación conjunta, sin embargo, es contraria a este criterio, ya que la dirección militar, como la dirección aérea, es inglesa, mientras que la naval corresponderá a Francia. Este cambio, aparentemente paradójico, no es tan extraño, no obstante, como pudiera parecer a primera vista, pues revela, como siempre, que la Marina de S. M. desea permanecer apartada de todo conflicto continental, a fin de poder en cualquier circunstancia seguir haciendo honor a su tradición de garantizar las rutas del Océano como medio de subvenir a las necesidades de la Gran Bretaña. También indica que el Almirantazgo británico considera que la estrategia naval, en cualquier posible guerra con el Este, habrá de tener un alcance de ámbito mundial, y no habrá de localizarse, por tanto, a la Europa Occidental.

No puede extrañarnos que, dados los aspectos militares de la actual situación, su aspecto político revista un carácter igualmente indeciso. La guerra de 1939-45 se caracterizó por una completa confusión e indecisión por parte de los aliados hasta que Alemania derrotó a los Gobiernos de la Europa Occidental, fecha en que todas las decisiones estratégicas y militares quedaron exclusivamente a cargo del Gobierno británico.

¿Es que Churchill, el gran estratega, hubiera obtenido el éxito que obtuvo en la dirección de la guerra si no hubiera asumido simultáneamente los cargos de Primer Ministro y de Ministro de Defensa de la Gran Bretaña en el

(1) He aquí la organización del Mando de los Servicios Logísticos, ligados a los frentes o sectores aéreos con una organización fija local, como en artículos anteriores, de diferentes firmas, han sido expuestos en REVISTA DE AERONAUTICA.

afortunado momento en que Francia quedó eliminada de la lucha? Si no hubiera sucedido esto habría continuado la duplicidad de soberanías, con la inevitable y constante pugna en el afán de poseer la dirección política de la guerra, mientras que en el aspecto militar se plantearía una lucha parecida por el mando de los Ejércitos. Basta leer los comunicados del difunto vizconde Gort para comprender lo sumamente desagradables que fueron las circunstancias en que tuvo que actuar desde que las fuerzas expedicionarias británicas desembarcaron en Francia hasta la evacuación de Dunquerque.

A pesar de todo, no parece aún haber quedado resuelto este aspecto del problema de la defensa de la Europa Occidental. El establecimiento de una organización de planificación de defensa fué una consecuencia de las reuniones del Consejo de los cinco ministros de Asuntos Exteriores. La defensa de la Europa Occidental queda, por consiguiente, condicionada a la reglamentación de los criterios divergentes y a las normas de un Comité, con todos sus inconvenientes, y de unos convenios que se han inspirado, no en la mayor o menor eficiencia de un plan militar, sino en la soberana dignidad de los Estados, cuando no en la seguridad relativa de cada uno de los miembros de esta alianza.

Así, pues, serán estos factores los que determinarán el potencial y medios que serán atribuidos a cada uno de los Estados para la defensa conjunta. Francia habrá de tener presente, además de la defensa de la Europa Occidental, la defensa de sus posiciones coloniales en Africa y Oriente. La Gran Bretaña habrá de valorar, igualmente, sus obligaciones respecto a las colonias que le quedan, sus lazos con los Dominios de la Commonwealth y las que le imponen sus tratados particulares (como, por ejemplo, el que tiene concertado con Transjordania). Bélgica tiene posesiones en Africa, a las que ha de administrar y defender. Holanda posee las Indias neerlandesas orientales y occidentales y la Guayana Holandesa. La Gran Bretaña, además, ha de mantener abiertas sus rutas mediante la defensa de su poderío marítimo y aeronaval.

Como vemos, no hay un solo Estado (a excepción de Luxemburgo) que actualmente se encuentre en situación de poder arrojar todo el peso de su Arma Aérea exclusivamente para la defensa de la Europa Occidental; además, en todas sus posesiones—a excepción de las de Africa—, los Estados interesados tienen inte-

res encontrados y divergentes. Como, por otra parte, no existe seguridad alguna sobre la permanencia indefinida de una situación de estabilidad en los territorios de Ultramar, resulta que el volumen de las fuerzas aéreas que puedan asignarse a la defensa de la Europa Occidental estará sujeto a alteraciones, como resultado de decisiones de carácter unilateral.

Esta heterogénea y divergente circunstancia política de cada uno de los Estados miembros es la que hace que esta forma de combinación definitiva sea mucho menos estable que la modalidad con que cuenta la Rusia soviética, donde la autoridad central no es perturbada en sus funciones por factores de esta índole. La única solución para compensar esta grave desventaja respecto a la U. R. S. S. sería constituir una Federación de Estados Occidentales de Europa, con una autoridad única y centralizada, para la defensa en cualquier punto donde sea necesario, como en los Estados Unidos o en la U. R. S. S. Pero, por ahora, parece que será necesario el impacto de una nueva guerra para implantar un cambio tan radical en los criterios políticos tradicionales de los Estados interesados (1).

De todos modos, sería muy conveniente un primer paso, consistente en la adopción de alguna medida adecuada, que bien podría ser la determinación a nombramiento de la Fuerza Aérea que se encargaría de la defensa de la Europa Occidental, de acuerdo con la magnitud de su cometido. Actualmente existe el peligro de que esa defensa quedase dividida en fracciones de soberanía nacional distinta, con fuerzas aéreas dispuestas a cubrir un frente dado, al mando de su propio jefe cada una de ellas y con sus particulares y respectivas fuentes de aprovisionamiento, aunque todas estuvieran al mando de un solo comandante en jefe supremo. Ante esto no podemos ofrecer mejor ejemplo que el que nos dió la fuerza aérea internacional que combatió en Italia desde septiembre de 1943 hasta abril de 1945, donde vimos cómo una fuerza aérea táctica angloamericana operó a las órdenes de un solo comandante en jefe del Aire y un comandante en jefe adjunto, con unidades de caza tácticas intercambiables, y que, como la Aviación Táctica inglesa—consti-

(1) Esto significa la creación de los Estados Unidos de Europa, que era uno de los propósitos del Eje italo-alemán, al que siempre Inglaterra, en los cien últimos años de su política, se opuso.

tuída por elementos de ocho naciones distintas—, se organizó en una sola fuerza indivisible, con fuentes de aprovisionamiento comunes.

Una de las primeras funciones de la Fuerza Aérea de la Europa Occidental habrá de ser la constitución de un Estado Mayor común para atender al reclutamiento de personal y al abastecimiento. La nueva Fuerza Aérea deberá tener facultades para obtener personal, técnicos, material bélico y aprovisionamientos de todas clases en fuentes conjuntas dentro de cualquiera y de todos los Estados interesados.

El volumen de efectivos que necesite la defensa aérea de la Europa Occidental habrá de ser determinado por el Mando de planificación, aprobándolo, en reunión conjunta, todos los Estados adheridos.

La adjudicación de la necesaria mano de obra y de los recursos industriales quedarán garantizados por cada uno de los Estados partícipes, quienes cumplirán los compromisos que acepten respecto a personal y material de todas clases, teniendo esta adjudicación el carácter de irrenunciable. En el caso de que alguno de los Estados quisiera reservarse para sí mismo alguna parte de su mano de obra y de sus recursos industriales para la defensa de intereses situados fuera de la Europa Occidental, esta reserva deberá hacerse sobre una base cuantitativa en el momento de asumir la responsabilidad de su participación en la defensa aérea de la Europa occidental.

Pero ¿no sería mejor unificar y reunir desde ahora todos los medios de defensa, como se haría en el caso de una Federación de Estados, de manera que el conjunto total de mano de obra y de recursos quedara ya a disposición de las necesidades de la defensa de la Europa occidental y de todos los territorios de ultramar pertenecientes a todos los Estados partícipes? Con este programa sería posible establecer ya una modalidad completa de defensa, no sólo en la Europa occidental, sino a base de una gran extensión de territorios del

mundo, con lo que cualquier anteproyecto avanzado de defensa podría ya montarse en una escala hemisférica. Este último concepto sólo exigiría que se añadiera la planificación defensiva de los Estados Unidos de América y del Canadá, para convertir esa escala en una de ámbito mundial, tal como exigirá casi inevitablemente una posible guerra con la U. R. S. S.

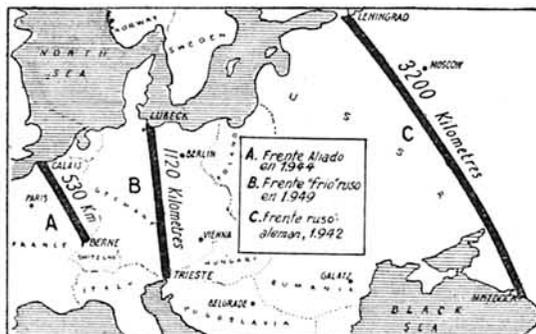
El Pacto Atlántico pondrá más cerca de nuestro alcance este concepto defensivo del mundo occidental, pero no será aún completo sin una organización federal de defensa por parte de los Estados de la Europa Occidental sobre una base total, y no de zonas.

Se deduce de todo esto, por consiguiente, que cualquier consideración o estudio que hoy se haga sobre la defensa de la Europa Occidental no pasará de ser simplemente el estudio de una parte del problema, y ha de ser considerado sobre esa base. Pero incluso esta parte del problema justifica una reafirmación de los principios de la defensa aérea a base de los nuevos factores que han surgido desde el fin de las grandes hostilidades en 1945.

Estos principios sugieren una total separación de la fuerza de

bombardeo estratégico y de las fuerzas tácticas y aeronavales.

Las fuerzas de bombardeo estratégico, que conocimos en la pasada guerra con los nombres de Mando de bombardeo de la RAF y de la Octava Fuerza Aérea del Mando de bombardeo del Ejército de los Estados Unidos, habrían de ser consideradas hoy día como fuerzas tácticas. En otras palabras, el alcance de las unidades de bombardeo de las Fuerzas Aéreas tácticas se ha ampliado. Paralelamente, también, ha aumentado el alcance de las fuerzas de bombardeo estratégico, puesto que el verdadero bombardero estratégico de hoy debe tener una capacidad de autonomía tan grande que nos permita considerarle como una fuerza de bombardeo intercontinental. Por consiguiente, una verdadera fuerza actual de bombardeo estratégico ha de quedar excluida de los límites de la



El actual "frente" ruso es apenas una tercera parte del que sostuvieron durante la guerra.

Fuerza Aérea de la Defensa de Europa. Su dirección y control han de ser independientes de los mandos de la Defensa Aérea de la Europa Occidental, y como aquí nos limitamos hoy a estudiar la defensa de la Europa Occidental, prescindiremos de analizar en detalle la labor que está llamada a realizar la *fuerza aérea estratégica*.

La *Fuerza Aérea de Defensa de la Europa Occidental* es, por tanto, una *fuerza táctica*. En cambio, las Marinas inglesa y americana y sus *Fuerzas Aéreas embarcadas* serán fuerzas estratégicas mundiales, así como la Fuerza Aérea Estratégica Intercontinental, que podrá ser principalmente también angloamericana, pero con elementos y unidades de los demás Estados participantes. La organización de estas fuerzas unificadas estratégicas navales y aéreas depende de la creación de un Pacto Atlántico que les dé carácter y documentación política como fuerzas legales de época de paz.

Podemos ahora pasar a examinar con algún detalle la organización de una Fuerza Aérea de Defensa de la Europa Occidental, cuya función consistirá en actuar conjuntamente con el Ejército y la Marina futuros de la Europa Occidental. Esta Fuerza Aérea de Defensa de la Europa Occidental deberá comprender mandos o unidades independientes de las demás, entre sí, por su propio empleo funcional. Estas unidades o mandos se subdividirán a su vez en "groups" y unidades tácticas menores.

Estas grandes unidades o mandos se organizarán lateralmente y en profundidad con arreglo al siguiente orden general de prelación:

1. Mando de Caza Avanzada e Incursión.
2. Mando de Ataque a Objetivos Terrestres e Interdicción.
3. Fuerza de Bombardeo con proyectiles dirigidos.
4. Fuerza de Bombardeo con proyectiles-cohete.
5. Cuerpo de Defensa de Aeródromos.
6. Cuerpo de Construcción y Entrenamiento de Aeródromos.
7. Mando de Bombarderos Tácticos de Autonomía Media.
8. Mando de Caza de Escolta de Autonomía Media.
9. Mando de Bombardeo Táctico de gran Autonomía.

10. Mando de Caza de Escolta de gran Autonomía.

11. Mando de Defensa contra la Guerra Química y Bacteriológica (Defensa Pasiva).

12. Mando del Transporte y de Movimientos Especiales (Mando Logístico).

13. Mando de Cazas de Base.

14. Mando de Artillería Antiaérea Avanzada.

15. Mando de Artillería Antiaérea de Base.

16. Mando de Defensa Estática y Globos (Defensa Pasiva).

17. Mando de Información Científica y Contramedidas.

18. Mando de Información Fotográfica.

Durante la guerra de 1939-45 resultó imposible coordinar adecuadamente la labor defensiva de los cazas de la Defensa Aérea de la Gran Bretaña (Mando de Cazas) con la de los Grupos de Caza de la Segunda Fuerza Aérea Táctica del Continente, y no se pudo tampoco habilitar bases para los aviones del Mando de Caza, en el Continente, ya que los aeródromos estaban abarrotados de aviones tácticos. Esta separación de los mandos y el control de las unidades avanzadas de caza y las unidades de caza de la base impidió que pudiera desarrollarse en el aire una máxima eficiencia después de la invasión de Europa.

Aceptar como un modelo exacto para el futuro el funcionamiento y organización de las Fuerzas Aéreas tácticas, tal como existió en 1939-45, puede llevarnos al desastre. Hay que tener en cuenta que su organización coincidió entonces con una disminución progresiva del volumen de las Fuerzas de Caza adversarias. Las unidades Aéreas Tácticas aliadas se emplearon entonces casi exclusivamente en una labor directamente encaminada a ayudar al Ejército prescindiendo de una específica defensa aérea. No tardó en comprobarse, en la práctica, que las Fuerzas de Caza de base no podían intervenir plenamente contra las últimas modalidades del ataque aéreo ofensivo, tales como el ataque automático con proyectiles-cohete cuando sus actividades se limitaron al espacio aéreo de la base.

Con la evolución, el avance rapidísimo de todas las modalidades de ataque—mediante el bombardero a reacción pilotado, el proyectil teledirigido, los proyectiles-cohete, las bombas volantes supersónicas y demás armas similares—,

es todavía más problemático y falto de realidad el confiar en una defensa aérea del tipo que se utilizó en la guerra pasada. La defensa contra las modernas armas aéreas ha de organizarse en una máxima profundidad si se la quiere dotar de una máxima eficiencia.

La defensa contra las armas aéreas actuales deberá comenzar antes de la línea que divide las fuerzas adversarias de tierra, y esto implica, naturalmente, la necesidad de situar Fuerzas de Caza defensivas precisamente en la zona hasta hoy considerada como exclusiva de las operaciones de las fuerzas ofensivas tácticas. Pero es evidente que la organización de tierra y los métodos operativos que exige la caza defensiva (así como las armas de contramedida correspondientes), para poder actuar en las zonas avanzadas, deberá diferenciarse en ciertos aspectos de las que se requieren en las zonas de base; por esto es aconsejable separar a estas dos fuerzas defensivas bajo dos mandos de campaña distintos, aun cuando su función sea de hecho la misma. Los Mandos núms. 1 y 13 especificados anteriormente serán los llamados a desempeñar las funciones aquí esbozadas, aumentándose, según sea necesario, por fuerzas de los Mandos núms. 14, 15, 16, 17 y 18. Cada Mando se organizará en "groups" asignados a las zonas estratégicas, con flexibilidad de movimientos a vanguardia o a retaguardia, planificados por "groups", al objeto de poder saltar en la dirección deseada en persecución de un máximo de movilidad. Los "groups" avanzados tendrán que ser plenamente móviles, aun cuando esto vaya en perjuicio de cualquier disminución en el nivel de comodidad del personal. Un Jefe-Adjunto Superior del Aire ejercerá el mando supremo de toda la Fuerza defensiva de Caza.

Los mandos señalados con los núms. 2, 7 y 8, proporcionarán el grueso de las Fuerzas Aéreas Tácticas que se desplegarán con los Ejércitos. Estas Fuerzas Aéreas Tácticas tendrán como primera obligación el cortar todas las líneas de comunicación enemigas que existan dentro de su radio de acción. Se situarán bastante a vanguardia, bajo la protección de los Mandos 1 y 14, consistiendo su misión en cortar el tráfico ferroviario, de carreteras, acuático interior y costero, en las zonas ocupadas por el enemigo, al objeto de limitar los movimientos del adversario, tanto para fines ofensivos como en la retirada, y, además—cuando se le ordene al Comandante en Jefe del Ejército— aislar o in-

comunicar cualquier zona elegida de la batalla terrestre.

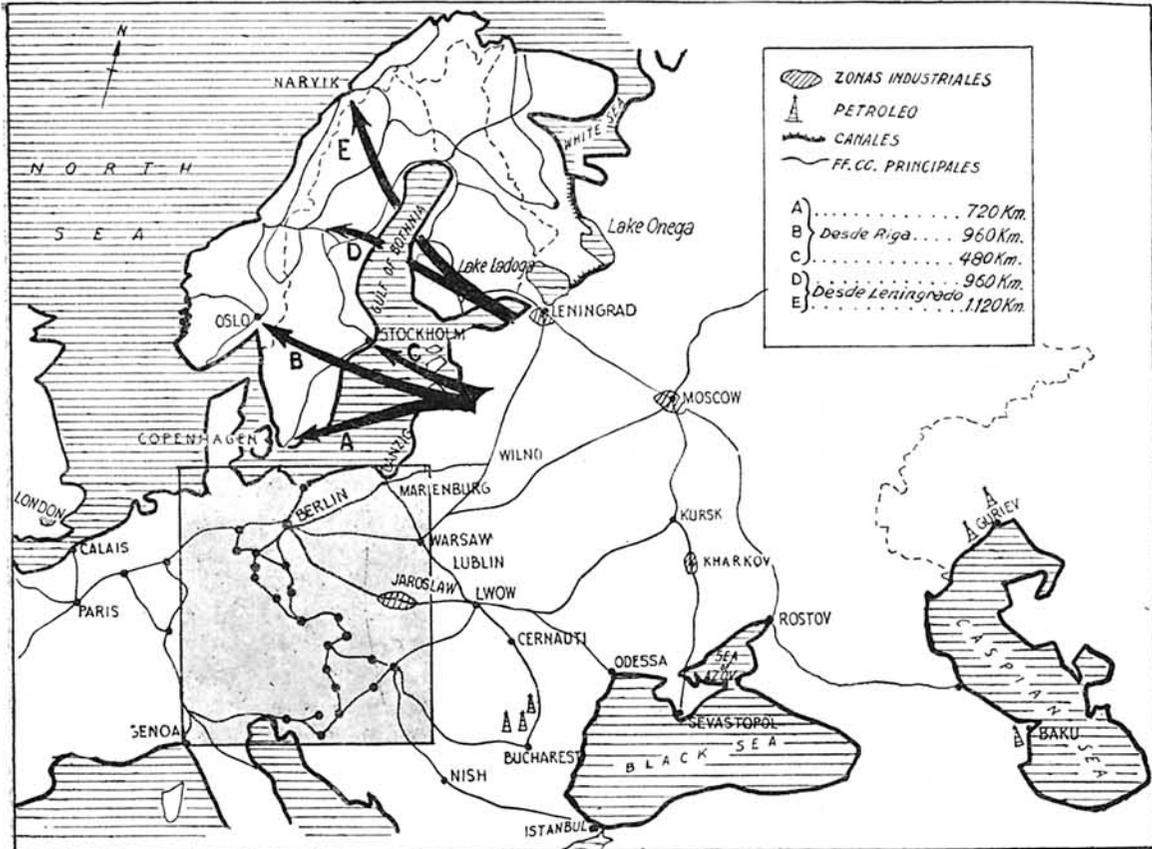
Los Mandos núms. 9 y 10, asumirán el ataque contra el territorio ocupado por el enemigo hasta un límite de 1.600 kilómetros (1.000 millas). El Mando núm. 9, en colaboración con el Mando núm. 11, tendrá a su cargo la puesta en práctica de la guerra química y bacteriológica, los sistemas de guerra en polvo radiactivo, y la guerra de desintegración nuclear explosiva, así como las modalidades de guerra química explosiva e incendiaria cuando se les pida realizarlo, a menos que dichas modalidades de ataque queden excluidas de la guerra mediante los previos acuerdos internacionales, o se suprima su uso por cualquier otra causa.

Los Mandos 17, 3 y 4, se agruparán, como otras agrupaciones, bajo las órdenes de un jefe superior adjunto, del Aire, pero estando cada una de las unidades a las órdenes de Jefes respectivos de alta graduación. Mantendrán un estrecho contacto con los Mandos 7 y 9, a los que pueden acudir en petición de que agreguen fuerzas adicionales para el ataque a los objetivos en cuestión, pudiendo colaborar en sus propios esfuerzos la intervención del bombardeo con proyectiles dirigidos y proyectiles-cohete.

La utilización de los Mandos núms. 5, 6, 12 y 18, estará sujeta a las directrices generales del Comandante en Jefe Supremo del Aire, y sus disposiciones se seguirán de acuerdo con las instrucciones recibidas de aquél.

Es innecesario afirmar que ninguna de las naciones que figuran entre las cinco de la Europa Occidental puede montar aisladamente y por sí misma un dispositivo de defensa aérea, de tal envergadura, en época de paz. El costo del mismo sería inabordable, tanto en mano de obra como en el volumen de impuestos que sería preciso imponer a la población. El gravamen excesivo que ello representaría para cualquier industria nacional lo sería respecto a la propia economía individual de la nación. Pero, con la reunión de los cinco Estados y la conjunción de sus recursos, este gigantesco programa de defensa aérea es, a la vez, posible y practicable.

Las dimensiones de los Mandos integrantes serían las que exigiese la situación estratégica estática. Por ejemplo, si fuera posible que las fuerzas de defensa aérea establecieran sus bases dentro del territorio alemán, o cerca de él (en sus zonas de ocupación aliada), de forma que en el caso de una situación de crisis inter-



La Fuerza Aérea de gran radio de acción de las Pótencias Occidentales debería atacar las industrias y el sistema de comunicaciones situados al este de Varsovia. La parte sombreada, en la que está incluido Berlín, corresponde al mapa que figura en la página 68.

nacional pudieran trasladarse rápidamente a bases de guerra (ya que, de no poseer esta movilidad, fracasarían en su función), todo el sistema ferroviario del Este de Alemania, Checoslovaquia, Este de Austria y Hungría podrá quedar cortado totalmente y mantenerse interrumpido, con lo que se impediría todo movimiento de fuerzas importantes al Este de la línea de demarcación, y se reducirían los envíos de material a las zonas avanzadas a unos límites de absoluta ineficacia.

El sistema ferroviario en la Europa Oriental es particularmente vulnerable justamente al Oeste de la "frontera" que separa el Este y al Oeste; y la interrupción del tráfico en Stetin, Berlín, Magdeburgo, Halle, Leipzig, Dresden, Reichembach, Eger, Pilsen, Praga, Budejovice, Brno, Viena, Wiener, Neustadt, Bratislava, Gyor, Budapest, Szekesfehervar, Szombathely, Nagykanisza, Marybor, Ljubljana y Zagreb, cortaría la llegada de la mayor parte de los su-

ministros que se enviaran al frente desde el otro lado del telón de acero. Esta labor recaería sobre los Mandos núms. 2, 7 y 8 de los relacionados antes.

Los Mandos 9 y 10 serían los encargados del ataque a los objetivos de comunicación situados a más distancia, incluyendo entre ellos los puertos del Báltico y del Mar Negro; la segunda línea de objetivos de comunicación, en Mariemburgo, Varsovia, Lublin, Jarowlaw, Lwow, Cernauti, Bucarest y Nish; la zona industrial de Silesia, la zona petrolífera de Rumania y las regiones industriales de Leningrado, Moscú y Ucrania. Todos los objetivos situados al este de los 40 grados de longitud este de Greenwich serían adjudicados a Fuerzas Aéreas distintas a las encargadas directamente de la defensa aérea de la Europa Occidental, y entre ellas figuraría la Fuerza Aérea Estratégica Intercontinental, equipada con aviones capaces de una profunda penetración.

El bombardeo con proyectiles dirigidos y proyectiles-cohete sería empleado desde las primeras fases de la guerra, principalmente como fuego de hostigamiento contra los centros de concentración de fuerzas enemigas. La exactitud y precisión del fuego podría comprobarse y mejorarse mediante el radar. Si fuera necesario, podrá cerrarse la salida de submarinos y barcos de superficie en el Báltico, el Mar Blanco y el Mar Negro, mediante la creación de franjas acuáticas radiactivas en las estrechas salidas de los canales. De la misma forma podrían aislarse los golfos de Botnia y de Finlandia, separándolos del Mar Báltico, así como los Lagos Ladoga y Onega, interrumpiendo, igualmente, sus comunicaciones por canales con el Mar Blanco y Leningrado. También, y por los mismos medios, podrían hacerse peligrosos para el transporte acuático el Mar de Azof y el Caspio. Es indudable que todos estos ataques radiactivos restarían grandes contingentes a la guerra activa, pues habrían de dedicarse a la decontaminación. Se ha visto, además, que la decontaminación de zonas marítimas que han sido sometidas a la radiactivación es extraordinariamente difícil, habiéndose demostrado que es un proceso natural muy lento, en el que apenas puede intervenir el hombre para acelerarlo. Por consiguiente, el lanzamiento periódico de minas de efectos radiactivos en el mar produciría un efecto acumulativo que llegaría a crear un estado crónico de radiactividad imposible de eliminar por cualquier organización defensiva, con lo que zonas inmensas del mar y de las tierras circundantes podrían quedar estériles e inhabitables para el hombre, e inutilizadas para la prosecución de las actividades de la guerra y de la postguerra durante mucho tiempo.

Pero la imposibilidad de efectuar esa clase de ataques debe depender del mando del Arma Aérea hasta el grado que haga posible el despliegue táctico de las Unidades o Mandos Aéreos interesados. Sin este dominio del aire, la posibilidad de llevar a cabo tales ataques se reducirá paralelamente. Además, antes de que comience cualquier clase de hostilidades entre los grandes contendientes, cada grupo de Estados adversarios tendrá que hacer sus proyectos de ataque, o mejor dicho, los habrá proyectado, de acuerdo con sus propias teorías sobre la aplicación de las Fuerzas Aéreas Tácticas y Estratégicas. Para contener el primer asalto, la defensa aérea tendrá que desplegarse en cada sector, y por parte de cada participante, de la forma calcula-

da para la mejor oposición, según lo que cada Mando Aéreo juzgue eficaz contra el que les parezca más probable de los que pueda emplear el enemigo.

En cualquier guerra en que la Europa Occidental hubiera de defenderse contra el ataque agresivo del gran bloque de Estados Orientales, es indudable que las circunstancias obligarán a este último a tratar de abrirse paso hacia la costa del Atlántico, ya que, únicamente mediante esta clase de estrategia, podrá encontrar un grado razonable de seguridad para sus Fuerzas de Tierra, y podrá abrirse el camino necesario para el ulterior ataque a las líneas de comunicaciones marítimas de los aliados occidentales. Además, esto facilitaría al bloque oriental la posibilidad de derrotar al gran ejército de Occidente, haciéndole replegarse a sus propias costas.

Los aliados occidentales, por el contrario, no estarían obligados por una situación inmediata a avanzar hacia el Este. Su mejor política será mantener su posición y soportar el choque de las primeras líneas sin cambiar de sitio; ya que un avance en profundidad hacia el Este les pondría en la misma situación en que se vió el Tercer Reich—es decir, en la de tener que mantener un frente cuya longitud se prolonga continuamente—, lo que implica unas líneas de comunicación cada vez más tenues. Permaneciendo en sus posiciones actuales, los Aliados Occidentales obligarían al Bloque Oriental a una afluencia y desgaste permanente de hombres hacia un frente más corto, exponiéndoles a un intenso ataque aéreo, en las circunstancias en que el ataque aéreo es más potente y eficaz. Pero ha de tenerse en cuenta que durante este período las defensas de la Europa Occidental habrán de ser extraordinariamente eficientes (1).

También será preciso evitar el peligro de los posibles movimientos envolventes, a través de Dinamarca o Italia, y correspondería a las Unidades de bombardeo de la Defensa Aérea de la Europa Occidental el evitar—mediante sus grandes ataques—el que la concentración y envío de grandes fuerzas enemigas pudieran hacer de tales movimientos envolventes una grave amenaza para los Ejércitos aliados.

(1) Está trascendiendo en esto el principio fundamental de la doctrina de Douhet: "Resistir en tierra sin avanzar y atacar en el aire la capacidad de combatir y la resistencia económica de guerra enemiga."

Si los Estados Unidos participaran en un conflicto de esta clase al comienzo (y no parece haber razón alguna para que no sea así), la necesidad de mantener inmovible el frente de la Defensa Occidental se aumentaría aún más, ya que con ello se inmovilizarían grandes Ejércitos del bloque oriental y se reduciría la potencia militar, que habría de dedicarse a enfrentarse con las fuerzas aliadas que se dirigirían al ataque contra ese bloque de otras zonas.

No creemos que la posesión exclusiva de las armas atómicas por parte de los aliados occidentales produjera la rápida terminación de un conflicto de la clase que estudiamos. Reduciría indudablemente su duración, ya que la posibilidad que la bomba atómica tiene para hacer los mismos efectos que una cantidad mucho más considerable de bombas químicas contribuiría decisivamente en favor de los principios de economía de fuerzas y de concentración de ataque. Pero antes de que el Bloque Oriental admitiera su derrota los aliados occidentales tendrían que realizar forzosamente grandes avances territoriales, y esto exigirá tiempo. A medida que estas Fuerzas progresaran en su penetración hacia el interior de Asia, irían creciendo sus problemas de aprovisionamiento, lo cual, evidentemente, tenderá a restablecer en cierto modo el equilibrio de las Fuerzas militares durante el combate contra la fortaleza interior e industrial de Asia. Serán necesarias enormes Flotas de Transporte Aéreo para proporcionar las comunicaciones y abastecimientos necesarios a las Fuerzas que penetrarán mucho más profundamente en el continente asiático, que lo penetraron en Rusia las Unidades del Tercer Reich.

La clave de toda la posición de defensa de los aliados occidentales está en la Europa Occidental. Es sumamente esencial el que esta línea resista si el mundo no quiere sufrir muchos años de miseria.

Para defender esa línea es indispensable el dominio del aire. Si se pierde esta preponderancia aérea se habrá perdido la guerra. Si, por el contrario, se establece la supremacía aérea, no se habrá ganado la guerra, pero se habrá abierto el camino para ganarla. El principio de tal conflicto, por consiguiente, habrá de ser la batalla por la supremacía aérea. Los cazas de escolta de los bombarderos serán quienes hayan de llevar el peso de esta batalla aérea sin descanso, combatiendo mucho más allá de su propio frente territorial. Los "groups" de caza de

defensa, dispuestos en profundidad (desde el frente hasta la retaguardia de las zonas-bases de Francia y de la Gran Bretaña) actuarán para impedir el paso de las flotas enemigas de caza y de bombardeo; habrán de concentrarse, para ello, en las zonas de mayor actividad. Desde el primer día será una batalla aérea continua. Y no se empezarán a ver sus resultados hasta transcurrido cierto tiempo (así sucedió en la Batalla de Inglaterra).

Personalmente no tengo duda alguna sobre el resultado final. La capacidad científica y de organización de los aliados occidentales es demasiado grande para que pueda ser vencida por el mero peso del número y la masa. Pero ha de tenerse presente que estas cualidades científicas y organizadoras han de emplearse ya desde tiempo de paz y no dejarlas—como en la guerra última y en todas las anteriores—para cuando la guerra haya empezado. Si se repite este error podrá llegar a ser, quizá, demasiado tarde para poder resolver los problemas que planteará el conflicto desde su comienzo. Y si se restringen por consideraciones de orden político, las necesidades de la defensa occidental, limitándolas a *fuerzas parciales* sacadas de los Estados interesados, no podrán satisfacer las necesidades que exige la situación. *La Fuerza Aérea de la Defensa Occidental* ha de organizarse, no como una unidad o muchas Unidades de las Fuerzas Aéreas británicas y francesas. Debe abarcar todas las Fuerzas Aéreas metropolitanas de todos los Estados europeos participantes en el conjunto de la organización defensiva, integradas y organizadas todas ellas sobre una sola base inicial; mejor dicho, funcional. En una palabra, la idea de Fuerzas Aéreas nacionales debe quedar sustituida y sometida a la idea de *una gran Fuerza Aérea común*. No necesitamos simplemente un Mando internacional, como hasta ahora, sino un *Mando común*, un Estado Mayor único, cuyo deber será la defensa, no sólo de la Europa occidental, sino también de los intereses que en todo el mundo tengan los Estados europeos de Occidente. Únicamente así podrá conseguirse la fuerza y la flexibilidad que tal defensa exige hoy día. Y al hacerlo de esta manera los Estados del Occidente de Europa no amenazarán a otro gran bloque continental, al asiático—que ya se ha organizado de esta forma—, sino que demostrarán simplemente su convencimiento del antiguo adagio que dice: que "al mal uso de la fuerza sólo se puede responder con el buen uso de la fuerza".